



PARROQUIA

PADRE NUESTRO

Núm. 1.135

Domingo XXVIII T. O

2019.10.13

Alameda de Osuna.
Avda de Cantabria 4
28042- Madrid
Telf.917652110
www.padrenuestro.es

VOLVIÓ ALABANDO A DIOS

El episodio es conocido. Jesús cura a diez leprosos enviándolos a los sacerdotes para que les autoricen a volver sanos a sus familias. El relato podía haber terminado aquí. Al evangelista, sin embargo, le interesa destacar la reacción de uno de ellos.

Una vez curados, los leprosos desaparecen de escena. Nada sabemos de ellos. Parece como si nada se hubiera producido en sus vidas. Sin embargo, uno de ellos «ve que está curado» y comprende que algo grande se le ha regalado: Dios está en el origen de aquella curación. Entusiasmado, vuelve «alabando a Dios a grandes gritos» y «dando gracias a Jesús».

Por lo general, los comentaristas interpretan su reacción en clave de agradecimiento: los nueve son unos desagradecidos; sólo el que ha vuelto sabe agradecer. Ciertamente es lo que parece sugerir el relato. Sin embargo, Jesús no habla de agradecimiento. Dice que el samaritano ha vuelto «para dar gloria a Dios». Y dar gloria a Dios es mucho más que decir gracias.

Dentro de la pequeña historia de cada persona, probada por enfermedades, dolencias y aflicciones, la curación es una experiencia privilegiada para dar gloria a Dios como Salvador de nuestro ser. Así dice una célebre fórmula de san Ireneo de Lyon: "Lo que a Dios le da gloria es un hombre lleno de vida". Ese cuerpo curado del leproso es un cuerpo que canta la gloria de Dios.

Creemos saberlo todo sobre el funcionamiento de nuestro organismo, pero la curación de una grave enfermedad no deja de sorprendernos. Siempre es un "misterio" experimentar en nosotros cómo se recupera la vida, cómo se reafirman nuestras fuerzas y cómo crece nuestra confianza y nuestra libertad.

Pocas experiencias podremos vivir tan radicales y básicas como la sanación, para experimentar la victoria frente al mal y el triunfo de la vida sobre la amenaza de la muerte. Por eso, al curarnos, se nos ofrece la posibilidad de acoger de forma renovada a Dios que viene a nosotros como fundamento de nuestro ser y fuente de vida nueva.

La medicina moderna permite hoy a muchas personas vivir el proceso de curación con más frecuencia que en tiempos pasados. Hemos de agradecer a quienes nos curan, pero la sanación puede ser, además, ocasión y estímulo para iniciar una nueva relación con Dios. Podemos pasar de la indiferencia a la fe, del rechazo a la acogida, de la duda a la confianza, del temor al amor.

Esta acogida sana de Dios nos puede curar de miedos, vacíos y heridas que nos hacen daño. Nos puede enraizar en la vida de manera más saludable y liberada. Nos puede sanar integralmente.



¡VIVIR POR LA FE!

Lecturas: Reyes. 5, 14-17 / Pablo. 2, 8-13

Lc. 17, 11-19. Una vez, yendo Jesús camino de Jerusalén, pasaba entre Samaría y Galilea. Cuando iba a entrar en una ciudad, vinieron a su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían:

—Jesús, maestro, ten compasión de nosotros.

Al verlos, les dijo:

—Id a presentaros a los sacerdotes.

Y sucedió que, mientras iban de camino, quedaron limpios. Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos y se postró a los pies de Jesús, rostro en tierra, dándole gracias. Este era un samaritano.

Jesús tomó la palabra y dijo:

—¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?

Y le dijo:

—Levántate, vete; tu fe te ha salvado

Palabra del Señor

LECTIO DIVINA

Ambientación

Mercedes Sosa sabiamente cantaba que en el mundo «así como todo cambia, que yo cambie no es extraño», pero hay cosas que no cambian. Hay resistentes estructuras –armadas y rearmadas de formas más o menos intencionadas– de lo que llamamos genéricamente el mal, y que inmovilizan a las personas en moldes de opresión, de marginación, de aislamiento y sufrimiento. El título de «leproso» en tiempos de Jesús era expresión de una de esas malvadas estructuras.

Nos preguntamos

¿Qué «leprosas» y «leprosos» reconocemos hoy entre nosotros? ¿Cómo son víctimas y partes de una estructura de mal, de la que tal vez nosotros también participamos? ¿Por qué no cambia su situación?

Nos dejamos iluminar

Leemos los dos últimos epígrafes de la «homilía». Jesús devuelve a esos diez leprosos la dignidad que nadie les reconocía, inmóviles en una estructura deshumanizadora. Eso es necesario para remover conciencias, pero no suficiente para cambiarlas. El cambio auténtico exige no refugiarse en otra estructura de pecado –como los leprosos curados, que como judíos siguen rechazando al samaritano. El leproso samaritano ya no se siente encadenado al mal, sino transformado y dignificado por Jesús, cuyo amor todo lo cambia para bien.

Seguimos a Jesucristo hoy

El samaritano vive entonces de la fe en Jesús, que obra el milagro de cambiar y dignificar el mundo. ¿Cómo estamos nosotros dispuestos a vivir también de la fe, cambiando y quebrando así toda estructura de mal, que nos atenaza o de la que participamos?

Proclamamos la Palabra: Lucas 17, 11-19